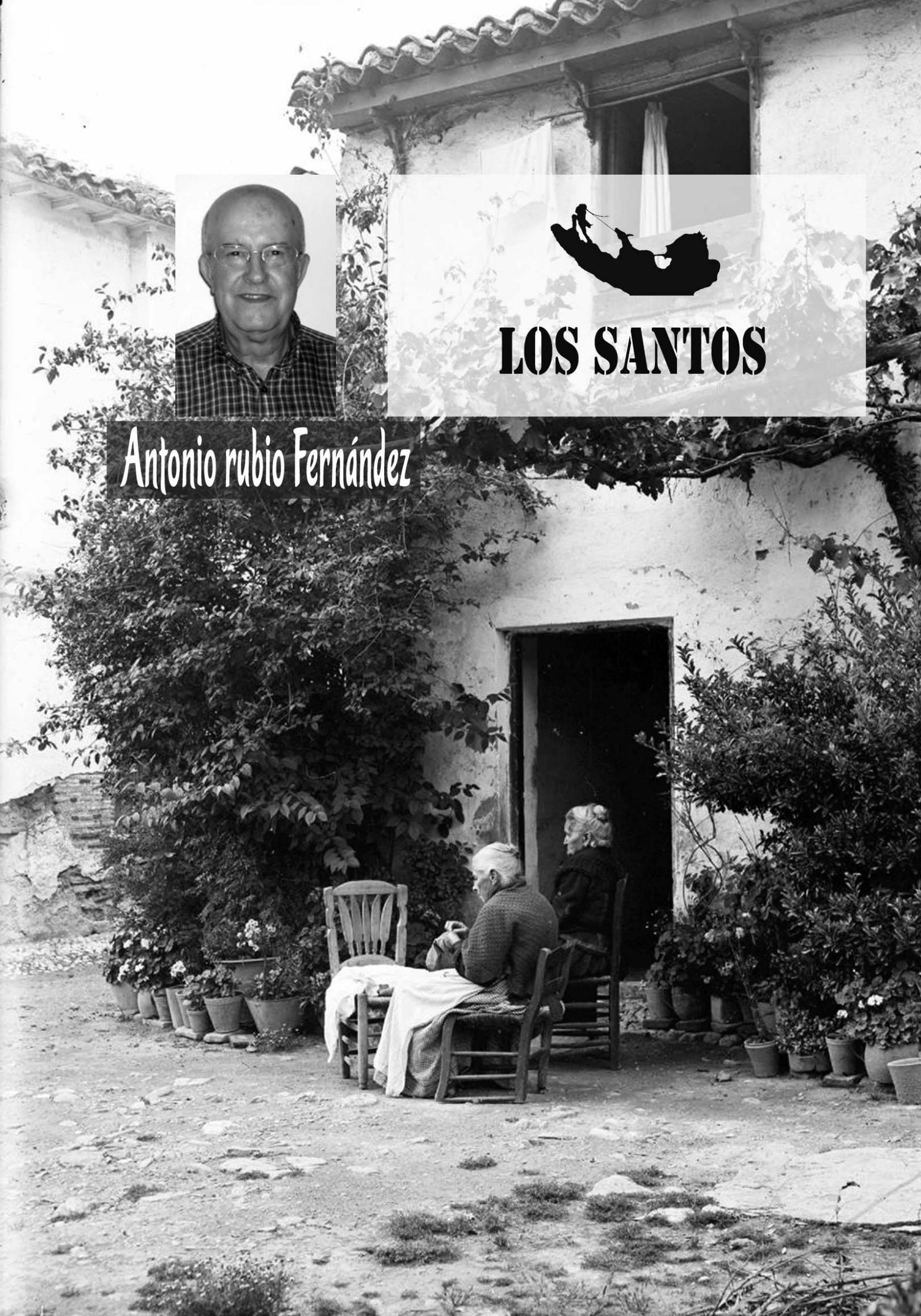




LOS SANTOS

Antonio Rubio Fernández





LOS SANTOS

ANTONIO RUBIO FERNANDEZ.

Los Santos, Velica de Santos o Velar el Santo, son las denominaciones de un mismo hecho, ya extinguido en nuestro entorno, que se dio en Albox y, que tengamos noticias, en otros pueblos comarcanos.

La razón de ser de esta manifestación estaba en la promesa hecha a la Virgen o a un santo por una merced recibida. Es decir, se trataba de un acontecimiento de tipo religioso.

No nos ha sido posible establecer una aproximación a los inicios de esta manifestación, aunque las personas consultadas han coincidido en lo antiquísimo de esta tradición, habiendo quienes le dan un origen repoblador, es decir, finales del s. XVI.

Comentan, quienes recuerdan por haberlo vivido en primera persona, que estas Velicas de Santos tenían "un cierto sabor extremeño" en su puesta en escena. También hay quienes señalan algunas connotaciones con "escenas gallegas", lo que no deja, hasta cierto punto, de ser racional, habida cuenta el origen del Marquesado de los Vélez. Todo ello, claro está, hay que barajarlo en el terreno de la hipótesis.



La imagen del Niño Jesús preside este altar

VELAR EL SANTO.

En su fase más primitiva, Los Santos debieron ser el simple cumplimiento de una promesa hecha a la Virgen o a un santo. Estas promesas se hacían desde dos perspectivas: Como obligación sujeta a la concesión de una merced, o bien, tras recibir la merced, como ofrenda en acción de gracias. En cualquiera de los casos, se llegaba al "cumplimiento de la promesa".

Las promesas hechas podían ser de muy distinta índole, siendo una de ellas la de Velar al Santo, es decir, en pago al favor recibido velar durante toda la noche la imagen de la Virgen o la del santo al que se había recurrido en busca de protección o favor, colocando una imagen suya en un altar hecho al efecto. Este altar, al menos desde principios del siglo pasado, ocupaba una habitación de la casa y estaba adornado con colchas, sábanas, mantones, macetas



Un altar ricamente decorado con flores y otros ornamentos



Un altar en la pared de esta casa



Era usual decorar los altares con todo tipo de estampas



Un altar decorado con imágenes y estampas

y todo un sinfín de las más raras y vistosas ocurrencias, sirviendo hasta las mismas muñecas para el caso, colocando en lugar preeminente el "santo" objeto de veneración.

La familia que había hecho la promesa pasaba la noche rezando, a la luz de las velas y las mariposas, hasta la salida del sol, que era el momento en el que la tradición coloca el final de tan piadosa manifestación.

Es de suponer que pronto se incorporarían, para acompañar a la familia, parientes y allegados, los vecinos y algún que otro curioso. Para agradecer la "compañía" nacería la costumbre de agasajar, a altas horas de la madrugada, a los presentes con churros, buñuelos, chocolate y café.

También se ha constatado, por testimonios de los mayores, que era costumbre que en el transcurso de la velada se realizasen "juegos", palabra que podría englobar pequeños monólogos y diálogos graciosos, así como otros de diversa índole, encaminados todos a hacer más llevadera la noche. Después se incorporó el baile, que en principio, probablemente, fue espontáneo. Es decir, con el ánimo de hacer más "amena la noche", y en los momentos en los que se interrumpía el rezo como reposo, los más jóvenes echarían mano a las guitarras, laúdes y bandurrias para ver de restar un poco de gravedad a la formalidad de la noche.

A partir de aquí la cosa fue derivando hasta llegar a ser el baile algo consustancial al hecho en sí. Primero fueron instrumentos de cuerda, después el acordeón, en ocasiones acompañado por una batería, y hay quienes recuerdan incluso una pequeña orquestina. Así es como la Velica de Santos se conoció en sus postrimerías, principios de la segunda mitad del pasado siglo.

Al tiempo que se daba este cambio sustancial, el antiguo refrigerio ofrecido a los visitantes durante la madrugada, fue transformándose en una especie de "boliche" –barecillo que con motivo de algún hecho especial se colocaba en casas particulares–, donde se expendía vino, garbanzos torrados y cacahuetes a un precio razonable y como ayuda, es de suponer, para sufragar los gastos de "los músicos".

LOS ULTIMOS SANTOS.

La última Velica de Santos de que se tienen noticias fue en la barriada de Los Garcías en la diputación de Las Casicas, en la década de los ochenta.

El matrimonio formado por Francisco López Redondo (Francisco "Jureles") y Rosa Pérez Martínez, años antes, había hecho la promesa de "velar a la Virgen del Saliente" si Francisco se libraba del servicio militar.

Como hijo de viuda que era, Francisco no fue a la "mili" y algunos años después cumplían su promesa, velando a la Virgen del Saliente, rezando y bailando hasta la salida del Sol, como preceptivo le era al caso.

Ya en estos tiempos el hecho se veía como algo anecdótico.

LOS JUEGOS DE LOS SANTOS.

Es parecer común que los juegos fueron anteriores a la música y el baile, que no llegaron a suplantarlos, ya que con ellos



convivieron, siendo muy demandados por los asistentes que, si había retraso, con apremio los solicitaban.

Estos juegos eran variados, como el llamado juego del anillo y otros, pero, parece ser, los que más predicamento tenían eran pequeños monólogos y diálogos, que ellos mismos ideaban y a los que dotaban de una cierta chispa "picante" al objeto de mover a risa y "escándalo" a los presentes, sobre todo a las mujeres.

Aunque la temática era variada, fueron muy celebradas las obras sobre médicos que, al parecer, daban ocasión propicia para la provocación desenfadada y atrevida.

El baile se desarrollaba con normalidad hasta que en mitad de la pista uno de los componentes de la "compañía" declamaba:

Churro que voy de fuego.
Soy el tío más célebre
que ha nacido
de la panza de una liebre.

La gente se sentaba expectante. Inmediatamente el mismo "actor" anunciaba y explicaba el juego que iban a representar.

En uno de los juegos de médicos, a un paciente se le diagnosticaba "piedras en el riñón". El paciente era operado, sacando el "cirujano" las piedras, que resultaban ser dos yesones como dos soles.

Otro juego ideado por aquellos "artistas" era el amolanchín o afilador. He aquí un pasaje:

Soy el gran afilador.
Vengo de lejanas tierras.
Por un cuarto afilo yo
sea cuchillo o sea tijeras.

Estando afilando un clavo
saltó una chispa de aquí.
Por cierto, vino a quemarme
la punta... de la nariz.

Los puntos suspensivos daban el tiempo necesario para hacer como que el actor se bajaba los pantalones, lo que hacía estallar en un griterío infernal a las mujeres, al tiempo que se tapaban despavoridas los ojos.

El amolanchín terminaba así:

Y si a alguno no le ha gustao,
donde le convenga...
que me dé un bocao.

Puntos suspensivos que el artista aprovechaba una vez más para hacer algún gesto picante que hacía estallar en risas y alboroto a los presentes.



Los bailes típicos de la zona



Instrumentos de música utilizados



Francisco "Jureles"



Último altar en casa de Francisco "Jureles"